



## Palabras del Director Nacional para educadores y educadoras inicio año escolar

# 2015

El curso escolar 2015 ya está aquí. Sin tiempo para reponernos de las festividades de final y comienzo de año, nos encontramos dispuestos y dispuestas para iniciar un nuevo año escolar, que no queremos que sea la repetición del año pasado. Bienvenidos al año escolar 2015. Que el Dios que habita en cada uno de nosotros y nosotras nos ayude a sacar y ofrecer a los demás lo mejor de todos y todas para el bien de Colombia, una Colombia en paz con ciudadanos y ciudadanas comprometidos/as en la defensa de sus derechos y en el cumplimiento de sus deberes.

### **1a. Parte:**

#### **EDUCAR DESDE LA SABIDURÍA DEL CORAZÓN**

Quiero iniciar el comienzo del año escolar recogiendo algunas palabras del Papa Francisco del 30 de diciembre con motivo de la Jornada Mundial del Enfermo, adaptándolas al acto educativo.

Este es un buen momento para pedirle a Dios, nuestro Padre Bueno, y a su Espíritu, dador de vida, la sabiduría del corazón. Todos tenemos una experticia, unos saberes y unas competencias que nos habilitan para ejercer el cargo para el que fuimos nombrados. Pero educar exige involucrar el corazón, exige la sabiduría del corazón para abrirnos a nuestros compañeros educadores y compañeras educadoras, a los niños, las niñas y jóvenes que tenemos que guiar y acompañar en su proceso de crecimiento personal, y a los padres y madres de familia como aliados y aliadas en el proceso educativo que queremos implementar en nuestras instituciones educativas.

Pero, ¿qué es la sabiduría del corazón en palabras del Papa Francisco?

“Sabiduría del corazón es servir al hermano. En el discurso de Job que contiene las palabras “Era yo los ojos del ciego y del cojo los pies”, se pone en evidencia la dimensión de servicio a los necesitados de parte de este hombre justo, que goza de cierta autoridad y tiene un puesto de relieve entre los ancianos de la ciudad”.

Dirigir una institución, educar a personitas que están empezando a vivir y a personas que buscan el sentido de su existencia, trabajar con la comunidad, es ante todo un servicio. La razón de ser de un educador y una educadora es SERVIR, dando lo mejor de nosotros mismos para que los otros saquen lo mejor de ellos. Inicialmente y en muchos momentos del proceso de acompañamiento, nos toca ser “ojos del ciego” y “del cojo los pies”, para que poco a poco los otros, nuestros “próximos”, sepan abrir los ojos y aprendan a mirar por sí mismos; para que los otros, nuestros “próximos”, aprendan a caminar, a trazarse metas y esforzarse para cumplirlas por ellos mismos, sin la dependencia inicial.

“Sabiduría del corazón es estar con el hermano. El tiempo que se pasa junto al que nos necesita es un tiempo santo. Es alabanza a Dios, que nos conforma a la imagen de su Hijo, el cual “no ha venido para ser servido, sino para servir y a dar su vida como rescate por muchos”. Jesús mismo ha dicho: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”.

Acompañar es dedicar tiempo, es aprender a estar con el otro, nuestro “próximo”, es cercanía. Cercanía llena de afecto, pues sabemos que en educación no hay efectividad si no hay afectividad. Los otros, maestros, estudiantes y padres y madres, necesitan sentirse queridos y queridas, aceptados y valorados desde lo que son y quieren ser. Por eso educar es “darse”. Educar es más que dar o entregar conocimientos; uno como educador/a se da a sí mismo, se entrega al servicio de los otros: entrega su vida para que los otros tenga vida en abundancia. Uno termina enseñando lo que es y no lo que sabe.

“Sabiduría del corazón es salir de sí hacia el hermano. A veces nuestro mundo olvida el valor especial del tiempo empleado junto a los que nos necesitan, porque estamos apremiados por la prisa, por el frenesí del hacer, del producir, y nos olvidamos de la dimensión de la gratuidad, del ocuparse, del “hacerse cargo del otro”.

Es prioritaria la salida de sí mismo hacia el otro (educador, estudiante, madre y padre de familia) para poder educar, para poder acompañar el proceso de crecimiento de las personas. Renunciar al yo egoísta y comprometernos con los otros para que puedan mirar y ver por ellos mismos, siendo conscientes de sus potencialidades, y para que puedan construir el camino de su vida y atreversé a caminar por él sin miedo a equivocarse y convencidos de que si quieren pueden, es una clave de la educación que queremos. “Hacernos cargo de los otros” cuando tienen dificultades, cuando no ven, cuando no pueden avanzar en su caminar, es humanizar la educación y la profesión docente. Y para ello necesitamos “la compasión que comprende, asiste y promueve”.

“Sabiduría del corazón es ser solidarios con el hermano sin juzgarlo. La caridad (el amor), tiene necesidad de tiempo... Tiempo para estar junto a ellos... La caridad verdadera (el amor verdadero), en cambio, es participación que no juzga, que no pretende convertir al otro; es libre de aquella falsa humildad que en el fondo busca la aprobación y se complace del bien hecho”.

Somos solidarios en los otros en sus procesos de crecimiento y de aprendizaje. Les dedicamos tiempo y les decimos que creemos en ellos, hasta que se convenzan de que ellos pueden por sí mismos. Nos hacemos cargo de sus cargas cuando sea necesario y las “soltamos” cuando vemos que pueden con ellas. Los acompañamos sin juzgarlos, animándolos, haciendo que descubran sus errores y de ellos aprendan. Por eso, cuando evaluamos dentro de los procesos de acompañamiento, tampoco juzgamos. La evaluación es un proceso de diálogo entre dos o varias personas para comprender qué está pasando en el proceso de aprendizaje de cada persona y mejorar los procesos de enseñanza por parte de los educadores y de aprendizaje por parte de los estudiantes. Si algo está mal no se juzga a las personas, sino a los errores que puedan aparecer. La evaluación no puede ser punitiva, sino formadora porque es una herramienta para mejorar y aprender cada vez más y mejor.

La sabiduría del corazón es servir al hermano, estar con el hermano, salir de sí mismo hacia el hermano y ser solidario con el hermano sin juzgarlo. Pidamos al Dios de la vida que esta sabiduría entre en nuestro corazón en este curso escolar para que todos y todas tengamos vida en abundancia, que es la esperanza de Dios que cantamos en nuestro himno: construimos unidos la esperanza de Dios.

Bienvenidos al 2015 con un corazón inundado de sabiduría y dispuesto a repartirla entre todos y todas los que vamos a vivir esta nueva experiencia educadora y humanizadora.

## **2ª. Parte:** **TENER Y COMUNICAR** **ALTAS EXPECTATIVAS**

La sabiduría del corazón, con seguridad, nos va a ir convirtiendo en expertos en humanidad. Porque no olvidemos que educar es crear humanidad. Y sólo es posible crear humanidad desde unas relaciones de confianza. Construir la confianza, que se entrega por adelantado, es promover un clima de estímulo y motivación, donde todos se sienten tomados en cuenta, respetados y queridos.

Y esto tiene que ver con uno de los factores clave de una buena escuela que hemos comentado los años anteriores: tener y comunicar altas expectativas. Altas expectativas hacia los estudiantes, hacia los/as educadores/as, hacia la dirección y hacia las familias. Las escuelas menos eficaces tienen bajas expectativas hacia los estudiantes desde las familias y desde los/as profesores/as, y bajas expectativas de los estudiantes hacia ellos mismos.

Tener confianza en el otro, en los otros, es tener altas expectativas sobre ellos y hacérselo saber. En la concepción antropológica fundacional de Fe y Alegría está la fe en las personas, fundamento de toda esperanza. Y esa es una convicción fundamental, porque Fe y Alegría nació, no de una rigurosa planificación estratégica, sino de la audacia de esa fe que convocaba lo mejor de cada persona. Vélaz tenía un optimismo antropológico y decía que “todos tenemos más de bueno que de malo”, y, según él, “todos somos convocables si

*Bienvenidos al  
2015 con un  
corazón inundado  
de sabiduría y  
dispuesto a  
repartirla entre  
todos y todas*

nos presentan una bandera que merezca la pena”. La clave está en la bandera que tenemos que saber presentar.

## El Efecto Pigmalión<sup>1</sup> y las altas expectativas

La siguiente parábola “UN ERROR AFORTUNADO”<sup>2</sup> nos lo presenta muy bien:

En el salón de clase había dos alumnos que tenían el mismo apellido: Urdaneta. Uno de los Urdaneta, el más pequeño, era un verdadero dolor de cabeza para la maestra: indisciplinado, poco aplicado en sus estudios, buscador de pleitos. El otro Urdaneta, en cambio, era un alumno ejemplar.

Tras la reunión de representantes, una señora de modales muy finos se presentó a la maestra como la mamá de Urdaneta. Creyendo que se trataba de la mamá del alumno aplicado, la maestra se deshizo en alabanzas y felicitaciones y repitió varias veces que era un verdadero placer tener a su hijo como alumno.

A la mañana siguiente, el Urdaneta revoltoso llegó muy temprano al colegio y fue directo en busca de su maestra. Cuando la encontró, le dijo casi entre lágrimas: “Muchas gracias por haberle dicho a mi mamá que yo era uno de sus alumnos preferidos y que era un placer tenerme en su clase. ¡Con qué alegría me lo decía mamá! ¡Qué feliz estaba! Ya sé que hasta ahora no he sido bueno, pero desde ahora lo voy a ser”.

La maestra cayó en la cuenta de su error pero no dijo nada. Sólo sonrió y acarició levemente la cabeza de Urdaneta en un gesto de profundo cariño. El pequeño Urdaneta cambió totalmente desde entonces y fue, realmente, un placer tenerlo en clase.

En los años sesenta R. Rosenthal y L. Jacobson<sup>3</sup> partieron de la idea general de que las profecías se cumplen, por el mero hecho de hacerlas, o por lo menos son un factor que contribuye a ello. A partir de experimentos estadísticos y estudios de casos, demostraron que este fenómeno también se da en educación. Señalaron claramente cómo los alumnos que son clasificados como torpes o indisciplinados por ese mero hecho, acaban convirtiéndose en lo que se esperaba de ellos y, al revés, los alumnos sobre los que se tienen grandes expectativas al fin las cumplen. Los autores afirman:

“Las personas hacen más a menudo lo que se espera de ellas que lo contrario... Nuestra predicción o profecía puede ser por sí misma un factor que determine la conducta de otra persona. Cuando esperamos encontrar a una persona agradable, nuestra manera de tratarle, desde un principio, puede de hecho volverle más agradable todavía. De la misma manera, si esperamos encontrar a una persona desagradable, nos acercamos a ella a la defensiva, por eso se convierte efectivamente en una persona desagradable”.

---

1. Según la mitología, Pigmalión, rey legendario de Chipre, esculpió en marfil una estatua de mujer tan hermosa que se enamoró perdidamente de ella. Invocó a la diosa Venus, quien atendió las súplicas del rey enamorado, y convirtió la estatua en una bellísima mujer de carne y hueso. Pigmalión la llamó Galatea, se casaron y fueron muy felices.

2. Cuento de Antonio Pérez Esclarín en “Nuevas parábolas para educar”

3. “Pygmalion en la escuela. Expectativas del maestro y desarrollo intelectual del alumno” de R. Rosenthal y L. Jacobson. Ed Marová. 1980. (Publicado por primera vez en 1968 con el título *Pygmalion in the classroom.*)

Entre las pruebas que presentan para demostrar cómo la expectativa que una persona tiene sobre el comportamiento de otra puede, sin pretenderlo, convertirse en una exacta predicción simplemente por el hecho de existir, hay una que procede del contexto educativo:

Para resumir brevemente este hecho, diremos que el 20 por 100 de los alumnos de una escuela elemental fueron presentados a sus maestros como capaces de un desarrollo intelectual particularmente brillante. Los nombres de estos niños habían sido extraídos al azar. Ocho meses más tarde el C.I. (cociente intelectual) de estos niños «milagro» había aumentado de una manera significativamente superior que el del resto de sus compañeros no destacados a la atención de sus maestros. El cambio en las expectativas de los maestros respecto al rendimiento intelectual de los niños considerados como “especiales” provocó un cambio real en el rendimiento intelectual de esos niños elegidos al azar. Hay varios factores que determinan la expectativa de los maestros sobre la aptitud intelectual de sus alumnos. Antes, incluso, de que un maestro haya observado a un alumno realizando una tarea escolar, tiene ya una expectativa sobre su comportamiento. Si va a enseñar a un “grupo lento”..., él esperará distintos resultados escolares que si va a enseñar a un “grupo rápido”, o a niños de un medio social más acomodado... Se han realizado exposiciones teóricas, se han presentado incluso algunas pruebas, la mayoría de ellas anecdóticas, de que la expectativa del maestro puede convertirse en una profecía que se cumple automáticamente...

Como diría Pérez Esclarín, como consecuencia de la parábola, las expectativas que abrigamos hacia una persona se las comunicamos y es probable que se conviertan en realidad. El mito de Pígalión viene a significar que las expectativas, positivas o negativas, influyen mucho en las personas con las que nos relacionamos. De ahí la importancia de tener expectativas positivas con

nuestros alumnos. La capacidad de aceptar a los otros como son, y no como quisiéramos que fueran, y de comunicarles dicha aceptación mediante palabras o gestos, es tal vez la principal herramienta para producir cambios positivos en el crecimiento y desarrollo de la persona.

Sigue diciendo Pérez Esclarín que diferentes investigaciones, algunas comentadas en exposiciones anteriores, “han demostrado que las expectativas de los maestros constituyen uno de los factores más poderosos en el rendimiento escolar de los alumnos. Si el maestro tiene expectativas positivas respecto a sus alumnos, se las comunica y logra que estos avancen. Lo mismo si son negativas. Si el maestro está convencido de que sus alumnos -o alguno de ellos- son incapaces, los vuelve incapaces. Como dice Fernando Savater: “Si piensas que tu alumno es un idiota, si en realidad no lo es, pronto lo será”. Si, por lo contrario, el maestro está convencido de que tiene en su salón un grupo de triunfadores, los vuelve triunfadores. Si el maestro tiene una autoestima positiva, valora su trabajo y se encuentra a gusto consigo mismo, la comunica a sus alumnos. Por el contrario, el maestro amargado, sin entusiasmo ni ilusión, cubre toda la acción educativa con un manto de pesimismo y frena el aprendizaje de sus alumnos”.



Alguien dice que “El Efecto Pigmalión” requiere de tres aspectos: creer firmemente en un hecho, tener la expectativa de que se va a cumplir y acompañar con mensajes que animen su consecución. Es necesario creer y confiar en las personas y en sus capacidades, saliendo a su encuentro permanentemente con mensajes positivos que animen y subrayando siempre lo bueno, sobre todo a los que más lo necesitan porque parten en peores condiciones. Si nosotros creemos en los otros, los otros terminan creyendo en ellos mismos, porque como diría García Roca, somos “productores de identidad” y “descubridores de capacidades”.

Tenemos que estar convencidos de verdad, que nuestras expectativas van a determinar una parte de los resultados, porque cuando deseamos algo, aumentamos la probabilidad de que se cumpla.

Tener expectativas positivas sobre los otros genera un clima socioemocional más cálido y repercute favorablemente en las motivaciones, en el deseo de aprender y en el desempeño de todos. Cuando se cree que los otros son buenos, les sonreímos más, los miramos de diferente manera, se les da más feedback (sin importar si las respuestas eran correctas), se repite más el elogio... Y en consecuencia, a nadie le da pena o miedo preguntar, equivocarse... La confianza es clave y debería estar al principio, no al final del proceso educativo.

Posiblemente, en los contextos adversos y diversos en los que trabaja FyA, sea necesario crear las expectativas que nos impulsen a todos y todas “hacia adelante” a través de metas claras que nos convoquen e identifiquen. Habrá que provocar que nazcan las expectativas y sostener el compromiso para alcanzarlas.

Philippe Meirieu lo dice muy claro: “la educabilidad se rompe en el momento que pensamos que el otro no puede aprender y que nosotros no podemos ayudarlo a conseguirlo”. Desde la sabiduría del corazón que nos llama para salir al encuentro del otro y el amor que nos hace creer en los demás y sus capacidades, podemos garantizar la educabilidad.

La siguiente narración que presenta Pérez Esclarín, nos dice que sí se puede.

Un profesor universitario envió a sus alumnos de sociología a las villas miseria de Baltimore para estudiar doscientos casos de varones adolescentes en situación de riesgo. Les pidió que escribieran una evaluación del futuro de cada muchacho. En todos los casos, los investigadores escribieron: “No tiene ninguna posibilidad de éxito”.

Veinticinco años más tarde, otro profesor de sociología encontró el estudio anterior y decidió continuarlo. Para ello, envió a sus alumnos a que investigaran qué había sido de la vida de aquellos muchachos que, veinticinco años antes, parecían tener tan pocas posibilidades de éxito. Exceptuando a veinte de ellos, que se habían ido de allí o habían muerto, los estudiantes descubrieron que casi todos los restantes habían logrado un éxito más que mediano como abogados, médicos y hombres de negocios.

El profesor se quedó pasmado y decidió seguir adelante con la investigación. Afortunadamente, no le costó mucho localizar a los investigados y pudo hablar con cada uno de ellos.

—¿Cómo explica usted su éxito? —les fue preguntando.

En todos los casos, la respuesta, cargada de sentimientos, fue:

—Hubo una maestra especial...

La maestra todavía vivía, de modo que la buscó y le preguntó a la anciana, aunque todavía lúcida mujer, qué fórmula mágica había usado para que esos muchachos hubieran superado la situación tan problemática en que vivían y triunfaran en la vida.

Los ojos de la maestra brillaron y sus labios esbozaron una grata sonrisa:

—En realidad, es muy simple —dijo—. Todos esos muchachos eran extraordinarios, Los quería mucho.

Emilio Lledó nos lo dice de manera contundente: *“Enseñar no es solo una forma de ganarse la vida, sino que es, sobre todo, una forma de ganarse la vida de los otros.”*

### **3ª. Parte:** **SOÑAR PARA CAMBIAR**

En la graduación de bachilleres siempre les digo, que para transitar por el camino de la vida querida, solo cuentan con una cosa: sus sueños. Los sueños son los mapas de los navegantes que buscan nuevos mundos. El mapa del futuro está en los sueños. Que en la búsqueda de sus sueños tendrán que construir nuevos saberes, porque posiblemente lo aprendido no les sirva. Los invito a soñar, a ponerse metas altas, y no renunciar a ellas. Les insisto: nadie puede quitarles su capacidad de soñar. “Amigos y amigas, estamos hechos de la misma tela de los sueños, no le pongan límites a su capacidad de soñar, a los ideales que quieren alcanzar”.

También les digo que la vida es invención y que a nadie se la dan hecha, que nadie la va a inventar o construir por ellos. Que son los arquitectos de su vida y



que ojalá tengan claro los planos sobre los que la quieren edificar y los mapas que les van a guiar. Les digo, como diría José Antonio Marina, que “vivir es parecido a escribir...tenemos que decidir el proyecto, el argumento, el estilo...”.Y que deberían tener bastante definido su proyecto de vida (qué quieren ser y hacer), su argumento para construir la vida (cómo lo quieren hacer) y el estilo que le va a dar colorido a su vida (lo que les va a diferenciar de los demás y les da identidad propia, lo que nadie les va a poder quitar, aquello sin lo cual dejan de ser ustedes). También les comparto que no dejen que nadie lo haga por ellos, porque se pueden perder o los pueden perder, en algunos casos de manera intencional.

Alguien me dijo en una conversación que no lo tenía que decir cuando salen del colegio, sino cuando entran, al inicio de cada año, mensualmente, permanentemente. Y creo que lleva razón. Por eso mi invitación para este año que comienza.

Necesitamos una educación que rompa los límites que marca el contexto y recupere en las personas (niños, jóvenes y adultos) la capacidad de soñar, pues los sueños marcan horizontes y metas que comprometen y dan sentido a los esfuerzos que supone el estudiar y ampliar las capacidades con las que nacen e ingresan a la escuela. Como diría Freire, es importante que se convenzan desde pequeños que el cambio es posible, difícil pero posible; por eso hay que llevarlos a pensar nuevos posibles. La siguiente historia, que cuenta Miguel Ángel Santos Guerra, nos ayudará a comprender mejor esta idea:

Había una vez un joven cuyo padre era un pobre entrenador de caballos que si bien disfrutaba de su trabajo apenas ganaba suficiente dinero para mantener a su familia. Un día al niño le asignaron en la escuela la tarea de escribir sobre lo que le gustaría

ser cuando fuera mayor. Esa noche, muy emocionado, escribió un ensayo de siete páginas describiendo su sueño de ser, algún día, dueño de una caballeriza para así criar a sus caballos. Escribió su ensayo con mucho cuidado y atención a los detalles. Incluso dibujó un plano de la tierra y la casa que soñaba poseer. Puso todo su corazón en ese proyecto.

Al día siguiente le entregó su proyecto a su profesor. Cuando lo recibió de vuelta había sido calificado con una E (error), y su profesor había escrito en la parte superior del ensayo, en letras rojas: “Véame después de la clase”.

El joven se quedó después de que el timbre de salida hubiera sonado y le preguntó a su profesor: ¿Por qué me ha calificado el traje con una E?

El profesor le dijo: “Para eso te he llamado. Para explicarte la calificación. Tu ensayo describe un futuro irreal para un joven como tú. No tienes dinero y tu familia es pobre. No tienes recursos para comprar tu propia caballeriza. Tendrías que comprar la tierra, los caballos y todos los recursos necesarios y, además, tendrías que pagar los costos del mantenimiento. No hay forma de que puedas lograr eso”.

El joven fue a casa y lo pensó durante largo rato. Incluso le preguntó a su padre qué debería hacer. Su padre le respondió: “Mira, hijo, tienes que decidir por ti mismo. Esa es una decisión importante, y no puedo tomarla por ti”.

Después de considerarlo durante todo un día, el chico entregó el ensayo a su profesor sin ningún cambio, y le dijo: “Usted puede mantener su mala calificación. Yo voy a mantener mi sueño”.

Pasaron los años. Un día el profesor, ahora próximo a la jubilación, llevó a un gru-



po de niños a visitar una famosa caballeriza que criaba algunos de los caballos más espectaculares del país. Y se asombró cuando reconoció al dueño. Se dio cuenta de que era el mismo joven al que había calificado el trabajo con una E.

Antes de marcharse, el viejo profesor le dijo al dueño de la caballeriza: “Cuando era tu profesor, hace muchos años, yo era un ladrón de sueños. Durante años le robé los sueños a los niños. Afortunadamente tú te las arreglaste para mantener el tuyo”.

¿Por qué soñar? Dice Ángel Gabilondo que “soñar forma parte de un adecuado pensar. Es un modo de reconocer algún futuro en nuestras reflexiones. Es no limitarse a lo que ya tenemos, ya somos o ya es. En todo plan, en todo proyecto, en todo propósito late una forma de sueño, que se teje no sólo con un anhelo, sino que alienta algún deseo. Soñar es preferir y el mero hecho de hacerlo altera la situación, la cuestiona, la desplaza, la inquieta, la disloca. Cuando dejamos de preferir, se atrofia el soñar, pero cuando dejamos de soñar, no somos capaces de preferir. La cuestión es no quedar paralizados en lo soñado y tratar de hacerlo venir, o llegar, esto es, crearlo, y reconocerlo. No hay perspectivas para un mundo sin sueños. No soñar es no poder. Nada grande ocurre sin soñar”.

Para vivir, para educar, para transformarnos y cambiar la sociedad es necesario soñar. Porque como diría P. Freire, “no es posible pensar en transformar el mundo sin un sueño, sin utopía o sin proyecto”. “No hay nada como un sueño para crear el futuro”. (Victor Hugo). “Un sueño es un cuadro inspirador del futuro que infunde energía a tu mente, voluntad y emociones, facultándote para hacer todo lo que puedas para lograrlo”. (John C. Maxwell)

Educar es sembrar ilusiones, construir, alimentar, estimular e impulsar sueños. En nuestra tarea educativa no podemos obstaculizar, bloquear o ningunear los sueños de los niños, las niñas y jóvenes con los que trabajamos. Nuestros estudiantes tienen que ser personas pensantes y soñadoras. Y nuestras instituciones, fábricas y laboratorios para soñadores, desde preescolar hasta el grado once, pasando por los equipos de educadores/as y los equipos de dirección.

Como diría Miguel Ángel Santos Guerra, “qué hermosa tarea la de generar sueños, impulsarlos, mantenerlos y potenciarlos. A riesgo de que alguna vez no se cumplan, de que se produzcan algunas frustraciones. Habrá que ayudar también a superar esas decepciones, nacidas algunas veces de las adversidades de la vida y otras de la insuficiencia de nuestro empeño. Habrá que enseñar también que los sueños se construyen con esfuerzo, con fe y con una inquebrantable constancia. Porque alcanzar un sueño no es un regalo de los dioses sino el fruto de una fortaleza y de una ilusión contrastadas”. Tenemos que ser creadores de sueños con nuestros estudiantes, dedicando a la tarea tiempos, espacios y conversaciones.

Nuestros estudiantes tienen que atreverse a soñar, a ponerse metas con fecha de caducidad, a seguir el cumplimiento de las metas y las tareas que conllevan las metas que quieren alcanzar. Las metas, tanto si se logran como si no, transforman al individuo. Las metas canalizan los recursos mentales hacia un objetivo específico. Los tenemos que convencer, que los que perseveran triunfan. Que no le tengan miedo al error o al fracaso. Que como diría Martín Descalzo, “nadie nace sabio o genio. Que las personas que triunfan en la vida no son aquellas a quienes les salen rayitos luminosos de la frente, sino los

que ponen codos y voluntad en sus tareas, quienes saben proponerse objetivos claros y dirigirse tericamente hacia ellos”. Decía Luis Vives decía: “la constancia y la tenacidad son los principales puntales para un hombre y una mujer que quieren triunfar”. Beethoven lo decía más claramente: “el genio se compone de un 2 % de talento y de un 98 % de trabajo”. Por eso, jamás deben desistir, deben levantarse cada vez que caigan, porque como decía Bolívar, el arte de vencer se aprende en las dificultades. Que no se desalienten nunca porque con frecuencia los grandes personajes levantaron su éxito de las cenizas de sus derrotas. Darwin escribió en su bibliografía: “todos mis profesores y mi padre me consideran un muchacho común, por debajo del nivel intelectual”. El director de un diario despidió a Walt Disney por falta de ideas. Los maestros de Thomas Edinson decían que era demasiado tonto para aprender. El propio Edinson hizo casi 10.000 ensayos hasta encontrar el filamento que trajo la luz eléctrica. Albert Einstein no habló hasta los cuatro años y no leyó hasta los siete. Su maestro lo describió como mentalmente lento, insociable y encerrado siempre en sueños tontos...

Como diría Pérez Esclarín, “Dios nos creó a todos creadores. Creadores del mundo y creadores de nosotros mismos. Lo que nos distingue de los animales es la capacidad de construirnos, de autocrearnos, de ser alfareros de nosotros mismos transformando el barro de nuestros talentos y posibilidades en vida y en felicidad. El arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte”.

Nuestro trabajo es alimentar y nutrir las alas de los niños, las niñas y jóvenes para que levanten vuelo y se eleven, olvidándose de reptar. Como educadores y educadoras “debemos ayudar a las personas a encontrar sus aspiraciones y cumplir sus sueños”, dice William Buskist.

### Víctor Murillo

Director Nacional  
Fe y Alegría de Colombia